

GETSEMANÍ [290][200-205]**29ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 41)****Introducción**

“En este estado de espíritu se halla el ejercitante al salir de la segunda semana. Ha hecho entrega a Dios de su persona y de sus cosas, como le había prometido al entrar. Pero cuando salga del recinto sagrado donde sólo respiraba sobrenaturalismo y palpe la realidad de la vida que ha determinado llevar, la perspectiva que se presente ante sus ojos entrañará dificultades serias y muy graves. ¿Su voluntad entonces será tan firme que se encare con todo, aún con la misma muerte, para ser fiel a las verdades y promesas que ahora tiene y guarda como rico tesoro de su espíritu?

Corre el peligro de que la realidad lo zarandee y le haga perder el tino. San Francisco Javier, que fue uno de los espíritus más fuertes en hacer y padecer grandes cosas por Dios, escribió desde la India a sus hermanos de la Compañía unas cartas interesantísimas y en ellas ponderaba la gran diferencia que hay entre ofrecerse en el retiro de la oración a perder la vida por Jesucristo y en verse expuesto a perderla de hecho. Llegada la hora del sacrificio, dice San Francisco Javier que la inteligencia se oscurece y no se entiende el sentido de la sentencia evangélica, que dice: «el que quiere perder la vida por Jesucristo la salva, y el que quiere salvarla, la pierde». Aquel latín tan claro del Evangelio, dice agudamente el Santo, se convierte entonces en una lengua enrevesada que no hay quien la entienda¹.

La razón de esto está, en que **la inclinación que sentimos a los bienes materiales ha llegado a convertirse en nosotros casi en una naturaleza** y por este cauce podría escapárenos todo el fruto de los Ejercicios. ¿Qué hay que hacer para asegurar la clarividencia de la inteligencia y con mayor empeño aún la perseverancia de la voluntad, para cuando los conflictos se presenten?

Nos parece que para lograrlo, no hay manera ni más acomodada ni más eficaz que trabajar por llegar a la transformación y a la unidad de vida de muerte con Cristo crucificado; es decir el *Cristo confixus sum cruci*, de San Pablo: «Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo; y yo vivo, o más bien, no soy el que vivo, sino que Cristo vive en mí. La vida que vivo ahora en esta parte, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo a la muerte por mí². Vida nuestra es ésta, que no contenta con morir en Cristo crucificado, vive sepultada con él, hasta la muerte y que con él ha de resucitar³ (...)»

La cosa más natural es, que conociendo el alma este misterio se lance enamorada a la cruz para ser crucificada con Jesucristo”. (Casanova)

Debemos “*completar en nuestro cuerpo, lo que falta a la Pasión de Cristo*” (Col 1, 24).

Pedir, como San Ignacio de Antioquía, que disuadía a sus fieles a que los dejasen ser trigo de Cristo en su martirio: “*Permitid que imite la Pasión de mi Dios*”.

¹ *Monumenta Xaveriana*, vol. 1, pág. 400.

² Gal. 2, 9 y 20.

³ Gal., 6, 4; Coloss., 2, 12.

Toda la vida de Jesús va en dirección a esta, su Hora, va en dirección a la Pasión. Pasión, que toma voluntariamente. "Pasión" en sentido de padecer algo, y "pasión" en sentido de estar afectado fuertemente a algo. Jesús está "apasionado", vive por su Pasión: *ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros* (Lc 22, 15). Desea ardientemente consumir la obra comenzada, es decir, quiere Él mismo consumirse, su Corazón destila fuego: *fuego he venido a traer sobre la tierra, y qué quiero sino que arda. Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!* (Lc 12, 49). *Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo* (Jn 13, 1), quiere de una vez, beber el Cáliz preparado por el Padre.

“Vemos que el señor había predicado muchas veces que sucedería su pasión, y siempre se mostraba deseoso de padecerla”. (San Juan Crisóstomo)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia

[290] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE LA CENA HASTA EL HUERTO INCLUSIVE, MATHEO, CAPITULO 26, 30-46; Y MARCO, CAPIT. 14, V. 26-42.

“Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.» Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.» Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.» Viene entonces donde los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.» Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Viene entonces donde los discípulos y les dice: «Ahora ya podéis dormir y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levantaos!, ¡vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca.» (Mt 26,36-11)

2º preámbulo: Composición de lugar

3º preámbulo: Petición

[193] 3º preámbulo. El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el señor a la pasión.

[203] 3° *preámbulo*. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí.

A considerar

[195] 4° *puncto*. El 4°: considerar lo que Christo nuestro Señor padesce en la humanidad o quiere padescer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar, y así trabaxando por los otros puntos que se siguen.

[196] 5° *puncto*. El 5°: considerar cómo la Divinidad se esconde es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo dexa padescer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente.

[197] 6° *puncto*. El 6°: considerar cómo todo esto padesce por mis peccados, etcétera, y qué debo yo hacer y padescer por él.

[206] 3ª *nota*. En esta tercera semana se mudarán en parte la segunda y sexta adición; la segunda será, luego en despertándome, poniendo delante de mí a dónde voy y a qué, resumiendo un poco la contemplación que quiero hacer, según el misterio fuere, esforzándome mientras me levanto y me visto, en entristecerme y dolerme de tanto dolor y de tanto padescer de Christo nuestro Señor.

La sexta se modará no procurando de traer pensamientos alegres, aunque buenos y sanctos, así como son de resurrección y de gloria, mas antes induciendo a mí mismo a dolor y a pena y quebranto, trayendo en memoria frecuente los trabajos, fatigas y dolores de Christo nuestro Señor, que pasó desde el punto que nació hasta el misterio de la pasión en que al presente me hallo.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

ESCLAVITO INDIGNO

“Tenía este modo de oración: que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor -a mi parecer- de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas. En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto. Allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía. Deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor. Mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con El, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones. Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir”⁴. (Santa Teresa).

1° Primero: el Señor acabada la cena y **cantando el himno**, se fue al monte Oliveti con sus

⁴ SANTA TERESA, Libro de la Vida, cap. 9, 4.

discípulos llenos de miedo; y dexando los ocho en Gethsemaní, diciendo: *(Sentaos aquí hasta que vaya allí a orar)*.

ORACIÓN Y MORTIFICACIÓN CON CRISTO

"Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el monte de los Olivos". Aunque habla hablado de tantas cosas santas durante la cena con sus Apóstoles, sin embargo, y a punto de marchar, quiso acabarla con una acción de gracias. ¡Ah!, qué poco nos parecemos a Cristo aunque llevemos su nombre y nos llamemos cristianos. Nuestra conversación en las comidas no sólo es tonta y superficial (incluso por esta negligencia advirtió Cristo que deberemos rendir cuenta), sino que a menudo es también perniciosa, y una vez llenos de comida y bebida dejamos la mesa sin acordarnos de Dios y sin darle gracias por los bienes que nos ha otorgado.

Un hombre sabio y piadoso, que fue egregio investigador de los temas sagrados y arzobispo de Burgos, da algunos argumentos convincentes para mostrar que el himno que Cristo recitó con los Apóstoles consistía en aquellos seis salmos que los hebreos llaman el 'gran alleluia', es decir, el salmo 112 y los cinco restantes. Es una costumbre antiquísima que han seguido para dar gracias en la fiesta de Pascua y en otras fiestas importantes. Incluso en nuestros días siguen usando este himno para las mismas fiestas. Por lo que se refiere a los cristianos, aunque solíamos decir diferentes himnos de bendición y acción de gracias según las épocas del año, cada uno apropiado a su época, ahora hemos permitido que casi todos estén en desuso. Nos quedamos tan contentos diciendo dos o tres palabrejas, cualesquiera que sean, e incluso éstas las susurramos descuidadamente y bostezando con indolencia.

Salieron hacia el monte de los Olivos, y no a la cama. El profeta dice: 'En mitad de la noche me levanté para rendirte homenaje', pero Cristo ni siquiera se reclinó sobre el lecho. Ojalá pudiéramos nosotros, por lo menos, aplicarnos con verdad este otro texto: "Me acordé de tí cuando descansaba sobre mi cama". Y no era el tiempo veraniego cuando Cristo, después de cenar, se dirigió hacia el monte. Porque no debía ocurrir todo esto mucho más tarde del equinoccio de invierno, y aquella noche hubo de ser fría, como muestra la circunstancia de que los servidores se calentaban junto a las brasas en el patio del sumo pontífice. Ni tampoco era ésta la primera vez que Cristo hacía tal cosa, como claramente atestigua el evangelista al escribir *secundum consuetudinem*, 'según su costumbre'.⁵ (Santo Tomás Moro)

2º 2º acompañado de Sant Pedro, Sant Tiago y Sant Joán, oró tres veces al Señor, diciendo: *(Padre, si se puede hacer, pase de mi este cáliz; con todo, no se haga mi voluntad, sino la tuya; y estando en agonía oraba más prolixamente)*.

3º 3º: vino en tanto temor, que decía: *(Triste está mi ánima hasta la muerte)*; y sudó sangre tan copiosa, que dice Sant Lucas: *(Su sudor era como gotas de sangre que corrían en tierra)*, lo cual ya supone las vestiduras estar llenas de sangre.

LA AGONÍA EN EL HUERTO (FULTON SHEEN)

"Sólo hay un pasaje en la historia de nuestro Señor en que se nos diga que entonó un cántico,

⁵ TOMÁS MORO, *La agonía de Cristo*.

y ello fue después de la última cena, cuando salió de la casa para encaminarse hacia la muerte, y sufrir su agonía y congoja en el huerto de Getsemaní.

“Y cuando hubieron cantado un himno, salieron al monte de los Olivos”. (Mc 14, 26)

Los cautivos de Babilonia colgaron sus arpas en los sauces porque sus corazones eran incapaces de hacerles entonar un cántico en tierra extraña. El manso cordero no abre la boca cuando es conducido al matadero, pero el verdadero Cordero de Dios, cantó lleno de gozo ante la perspectiva de la redención del mundo. (...)

“Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba hágase tu voluntad”. (Mt 25. 39)

En esta plegaria estaban envueltas sus dos naturalezas, la divina y la humana. Él y el Padre eran uno; no se trataba de «Padre nuestro», sino de «Padre mío». Seguía inquebrantable la conciencia del amor de su Padre. Pero, por otro lado, su naturaleza humana sentía miedo a la muerte como castigo por el pecado. La natural aversión que el alma humana experimentó ante el castigo que el pecado merece fue sobrellevada por la divina sumisión a la voluntad del Padre. (...)

Esta escena queda envuelta en el halo de un misterio que ninguna mente humana puede penetrar de un modo adecuado. Sólo podemos suponer de una manera vaga el horror psicológico de los momentos progresivos de temor, ansiedad y tristeza que le dejaron postrado antes de que se hubiera descargado un solo golpe sobre su cuerpo. Se ha dicho que los soldados temen más la muerte antes de la hora cero del ataque, que durante el ardor de la batalla. La lucha activa suprime el temor a la muerte, temor que se presenta al ánimo cuando uno lo contempla en la inactividad. (...) Es muy verosímil que la agonía en el huerto le ocasionara mayores sufrimientos incluso que el dolor físico de la crucifixión, y quizá sumió a su alma en regiones de más oscuras tinieblas que ningún otro momento de la pasión, con la excepción tal vez de cuando en la cruz clamó: *“¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”*. (Mt 27, 46)

Sus sufrimientos humanos eran completamente diferentes de los de un simple hombre, puesto que, sobre tener inteligencia humana, Jesús poseía una inteligencia divina. (...)

En el caso de nuestro Señor debemos mencionar dos cosas que le diferencian de nosotros. Primeramente, lo que predominó en su mente no era el dolor físico, sino el mal moral o el pecado. Había ciertamente ese natural temor a la muerte debido a su naturaleza humana, pero no era un temor tan vulgar como éste el que dominaba en su agonía. Era algo mucho más mortal que la muerte.

Sobre su corazón gravitaba el peso del misterio de la iniquidad del mundo. En segundo lugar, además de su entendimiento humano, que se había desarrollado por medio de la experiencia, poseía el entendimiento infinito de Dios, que conoce todas las cosas y ve como presente tanto el pasado como el futuro.

Los pobres humanos llegan a estar tan acostumbrados al pecado, que no se dan cuenta de su horror. Los inocentes comprenden el horror del pecado mucho mejor que los pecadores. La única cosa de la que el hombre nunca aprende algo por experiencia es pecar. Un pecador se infecta con el pecado. Llega a compenetrarse tanto con el pecado, que incluso puede considerarse a sí mismo virtuoso, de la misma manera que el que tiene fiebre puede creer que no está enfermo. Únicamente la persona virtuosa, que se encuentra fuera de la corriente del pecado, es la que puede mirar hacia el mal de la misma manera que un médico observa una enfermedad, y comprende todo el horror del mal.

Lo que nuestro Señor contempló en aquellos momentos de agonía no eran precisamente los azotes que le darían los soldados o los clavos con que taladrarían sus manos y sus pies, sino más bien el terrible peso del pecado del mundo y el hecho de que el mundo se disponía a renegar de su Padre al rechazarle a Él, su divino Hijo. ¿Hay ciertamente algo peor que la exaltación de la propia voluntad contra la amorosa voluntad de Dios, el deseo de ser un dios para sí mismo, tachar de locura la sabiduría de Jesús, y su amor de falta de ternura? La aversión que sentía no era por el duro lecho de la cruz, sino hacia la participación que el mundo tenía en construirla. Quería que el mundo pudiera ser salvado de perpetrar la más negra acción jamás llevada a cabo por los hijos de los hombres, la de matar a la Bondad Suprema, a la Verdad y al Amor. Los grandes caracteres y las grandes almas son como las montañas: atraen las tormentas. Sobre sus cabezas retumban los truenos; en torno a sus cimas brillan los relámpagos y lo que parece ser la ira de Dios. Allí, en aquellos momentos, se encontraba el alma más solitaria y triste que el mundo había conocido, el Señor en persona. Más alto que todos los hombres, alrededor de su cabeza parecía azotar la tormenta de la iniquidad. Parecía un camafeo en el que se hubiera resumido la historia de toda la humanidad, el conflicto entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre. Darse cuenta de cómo experimentó Dios la oposición de las voluntades humanas, es algo que trasciende el poder humano. Tal vez lo que más se aproxima a ello es lo que un padre siente ante el extraño poder de la obstinada voluntad de sus hijos, que se oponen y desprecian la persuasión, el cariño, la esperanza o el temor del castigo. Un poder tan intenso reside en un cuerpo tan ligero y en una mente tan pueril; sin embargo, es la débil imagen de los hombres cuando han pecado voluntariamente. ¿Qué otra cosa es el pecado, sino un principio independiente de sabiduría y una fuente de felicidad que trabaja por su cuenta, como si no hubiera Dios? El Anticristo no es sino el desarrollo incontrolado de la propia voluntad.

Éste fue el momento en que nuestro Señor, en obediencia a la voluntad de su Padre, tomó sobre sí las iniquidades del mundo y se convirtió en víctima expiatoria. Sintió toda la agonía y tortura de aquellos que niegan la culpa o pecan impunemente y no hacen penitencia. Era el prelude de la terrible deserción que Él había de soportar y pagar a la justicia de su Padre, la deuda debida por nosotros; ser tratado como un pecador. Fue tratado como un pecador aunque en Él no había pecado. Fue esto lo que ocasionaba su agonía, la agonía más grande que jamás ha visto el mundo.

Así como los que sufren miran el pasado y el futuro, también el Redentor miraba el pasado y todos los pecados que en todo tiempo se habían cometido; miraba también el futuro, todo pecado que se cometería hasta el fin del mundo. No era el pasado dolor lo que traía al momento presente, sino más bien todo acto manifiesto de maldad y todo oculto pensamiento vergonzoso. Allí estaba el pecado de Adán, cuando como cabeza de la humanidad perdió para todos los hombres la herencia de la divina gracia; allí estaba Caín, teñido con la sangre de su hermano; allí estaban las abominaciones de Sodoma y Gomorra; la ingratitud de su propio pueblo, que había adorado a las falsas deidades; la grosería de los paganos, que se habían revelado incluso contra la ley natural; todos los pecados: los pecados cometidos en el campo, que hicieron sonrojarse a la naturaleza entera; los pecados cometidos en la ciudad, en la fétida atmósfera de pecado de la ciudad; pecados de los jóvenes, por los cuales estaba traspasado el tierno corazón de Jesús; pecados de los viejos, que ya debían haber dejado la edad de pecar; pecados cometidos en la obscuridad, donde se creía que no llegaba la mirada de Dios; pecados cometidos a la luz y que hacían incluso estremecer a los malvados; pecados que se resisten por su horror a toda descripción, demasiado terribles para que se les pueda nombrar: ¡Pecado! ¡pecado! ¡pecado! (...)

Los pecados de los comunistas, que no expulsarían a Dios de los cielos, pero expulsarían a sus embajadores de la tierra; vio los votos matrimoniales quebrantados, las mentiras, las calumnias, los adulterios, los homicidios, las apostasías... Todos estos crímenes se acumularon en sus manos como si hubieran sido cometidos por Él. Los malos deseos pesaban sobre su corazón cual si Él los hubiera concebido. Las mentiras y los cismas gravitaban sobre su mente como si de ella fueran producto. En sus labios parecía haber blasfemias como si realmente las hubiera proferido. Desde los cuatro puntos cardinales las pútridas miasmas del pecado del mundo venían, sobre Él a modo de inundación; como un nuevo Sansón, tomó sobre sus espaldas toda la culpa del mundo como si fuera culpable, pagando la deuda en nuestro nombre a fin de que pudiéramos una vez más tener acceso al Padre. Se estaba preparando mentalmente, por así decir, para el gran sacrificio, poniendo sobre su alma sin pecado los pecados de un mundo delincuente. *"Para la mayoría de los hombres el peso del pecado es algo tan natural como el de los vestidos que llevan, pero para Jesús el contacto de lo que los hombres tan fácilmente aceptan era la más terrible de las agonías."* (...)

Él pecado se halla en la sangre. Todos los médicos lo saben: incluso los no iniciados pueden darse cuenta de ello. La embriaguez brilla en los ojos, en las mejillas. La avaricia está escrita en las manos y en la boca. La lujuria aparece también en los ojos. No hay libertino, criminal, fanático o perverso que no tenga su odio o su envidia impresos en cada centímetro de su cuerpo, en cada célula de su cerebro.

Si el pecado está en la sangre, debe ser derramado. (...)

Cualquier alma puede imaginar, aunque no sea más que vagamente, la clase de lucha que Jesús tuvo que librar aquella noche de luna en el huerto de Getsemaní. Todo corazón sabe algo de esto. Nadie llega a cierta edad sin que haya reflexionado sobre sí mismo y sobre el mundo que le rodea, y sin conocer la terrible tensión que el pecado ha causado en su alma. Las faltas y locuras cometidas no se borran del registro de la memoria; las píldoras somníferas no pueden imponerles silencio; los psicoanalistas no pueden suprimirlas con sus explicaciones. Puede que la alegría propia de la juventud las haga perderse en un recuerdo vago, desdibujado, pero nunca faltarán instantes de silencio, en un lecho de enfermo, en noches de insomnio, en alta mar, un momento de tranquilidad, un instante en que la inocencia se refleja en el rostro de un niño, cuando estos pecados, como espectros o fantasmas, aparecerán con todo su horror en nuestras conciencias. (...) Por terribles que sean las agonías y torturas de un alma, no serán más que una gota perdida en el océano de la culpa humana que el Salvador sintió como propia en el huerto”⁶. (Fulton Sheen)

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

“Coloquio: Oh Corazón de Jesús, Oh Vos todo amor, os ofrezco estas humildes oraciones por mí mismo y por todos aquellos que se unen en espíritu a mí para adoraros. Oh Santísimo Corazón de Jesús me propongo renovar estos actos de adoración por mí mismo, miserable pecador, y por todos aquellos que se han asociado a vuestra adoración hasta el último suspiro. Os encomiendo, Oh Jesús, la Santa Iglesia vuestra querida Esposa y nuestra dulce Madre, a los que practican la justicia, todos los pobres pecadores, los afligidos, los moribundos y todo el género humano. No sufráis que vuestra sangre se haya derramado en

⁶ FULTON SHEEN, “Vida de Cristo”, N° 41.

vano por ellos, y dignaos aplicar sus méritos al alivio de las benditas almas del purgatorio, en particular por aquellos que en su vida os han devotamente adorado”⁷. (P. Hurtado)

“Allí están todas las creaturas, menos una, la que no tuvo parte en el pecado. Ella sola podría consolaros, y es por eso que no está allí! Vendrá junto a vos, en la Cruz, pero en el jardín no estará. Ella ha sido vuestra compañera, confidente toda la vida, ha conversado con vos durante 30 años, pero sus oídos virginales no sabrían captar, ni su corazón inmaculado concebir, lo que se ofrece ahora a vuestra vista. Sólo Dios podía llevar esa carga. Vos habéis presentado a vuestros santos la imagen de un solo pecado tal como aparece ante vuestra Faz, la imagen de un pecado venial, no mortal, y nos han dicho que habrían muerto a su vista si tal imagen no la hubierais removido rápidamente. La Madre de Dios, a pesar de toda su santidad, o mejor por su misma Santidad, no habría podido soportar la vista de una de esas obras de Satanás que os rodean”. (P. Hurtado)

Ave María purísima, sin pecado concebida.

⁷ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, pp. 303-310. Los sufrimientos morales de Cristo, Meditación dirigida a sacerdotes.